



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

I. Salvar el “nosotros”

Octubre 2025

- 1. El ambiente del “nosotros”*
- 2. El “nosotros” del matrimonio y la familia*
- 3. Cristo redime nuestros ambientes*
- 4. María, generadora de ambientes*
- 5. Preguntas*
- 6. Práctica*

La novela *Elogio de las manos*, de Jesús Carrasco, narra la historia de una familia de Sevilla a quien un amigo permite usar su casa de pueblo deshabitada, para que pasen fines de semana y vacaciones. La casa, cercana al mar, bastante destartada, va a ser demolida cuando el dueño termine unos negocios –puede ser en un año o en diez o acaso en más. Entretanto el padre repara poco a poco, con las propias manos, los distintos espacios. Habilitan el comedor, el patio, una sala de lectura... La familia, estancia a estancia, hace la casa vivible: almacena recuerdos, trenza conversaciones y juegos, forja relaciones con el pueblo y el entorno natural....

El elogio de las manos de la novela es a la vez un elogio de los ambientes que esas manos trabajan: es un *elogio de la casa*. Carrasco describe la casa como un ser vivo, una casa animada. La casa es incluso mortal, pues la amenaza la demolición, segura aunque sin fecha fija. Así, casa y familia comparten destino. La familia repara la casa. Y la casa, alojando a la familia, la aúna y la permite dilatarse, enriqueciéndose de memorias y de amigos.

El *elogio de la casa* nos acerca al tema del año: la Virgen María como capaz de generar ambientes vivos donde habiten nuestras familias. El Evangelio nos presenta a nuestra Señora pendiente de su entorno. Pensemos en Caná, donde Ella se da cuenta de que falta vino. O en la Anunciación donde, ante el anuncio del ángel, se preocupa por el papel que tendrá san José. O al pie de la Cruz, cuando reúne en torno a sí a otras mujeres y al discípulo amado.

¿No aprenderemos de Ella a cultivar los ambientes donde habitar juntos? Nos inspira el lema “En María, Cristo”. Es verdad también que *por* María se llega a Jesús. Pero nuestra fórmula “en” anima a edificar ambientes que acojan a Cristo, para que Él incida en nuestras relaciones y las transforme. Quien pone a María en su vida muestra con ello su disposición a cuidar de los ambientes para que nos unan y para que se abran hospitalarios.

Empecemos por una pregunta: ¿Por qué son tan necesarios esos ambientes?

1. El ambiente del “nosotros”

Es obvio que para el cristiano no existe solo el “yo”. Basta citar a san Pablo: la caridad no busca el propio interés (1Cor 13). O a san Ignacio de Loyola: para madurar en la fe es menester salir del “propio amor, querer e interés”.

Ahora bien, para el cristiano tampoco basta con añadir el “tú” al “yo”. Quien piense solo en términos de “yo” y “tú” acabará oponiéndolos. Y tan malo como el *egoísmo* (solo “yo”) es el *altruismo* (solo el otro). Pues en ambos casos se olvida la relación o el vínculo que les une. Se olvida, por tanto, la alianza. Se olvida el amor de amistad, que es el más perfecto.

Dicho de otra forma: quien piensa que solo existen individuos (“yo”, “tú”, “los demás”...) olvida el “nosotros”. “Nosotros” es palabra curiosa. Pues mientras “vosotros” es plural de “tú”, “nosotros” no es plural de “yo”. Y es que puede haber muchos “yoes” sin darse un “nosotros”, como, por ejemplo, en un autobús atestado de gente. ¿Qué hace falta, entonces, para que se dé el “nosotros”?

Para que se dé el “nosotros” es preciso, además del “yo” y del “tú”, un vínculo que los una. Hay “nosotros” cuando “yo” y “tú” percibimos un origen o una tarea comunes. Como los amigos a quienes asocia un proyecto; o los hermanos que comparten raíces e historia.

2. El “nosotros” del matrimonio y la familia

El ejemplo más claro de un “nosotros” está en el matrimonio. Jesús pide que no separemos “lo que Dios ha unido”. Pero, ¿no han realizado la unión los novios al decir “sí, quiero”? En realidad, si nos fijamos, los esposos dicen “sí, quiero” y no “te quiero”. Pues lo que quieren es un proyecto común que les viene de arriba, del Creador: formar una familia.

Dios une a hombre y mujer por encima del poder de hombre y mujer; así, la alianza de ellos sumará mucho más que sus dos “síes”. En cada boda entran en la iglesia dos personas, y sale un ser nuevo, un “nosotros” donde dos se hacen uno y podrán convertirse en más, al llegar los hijos.

Ese “nosotros” conyugal es la primera casa de la familia. La “una sola carne” (Gén 2,24) de los esposos es el primer cimiento y muro que les permitirá edificar su morada. El hijo nace dignamente cuando nace dentro de esa primera casa que es el vínculo conyugal. Cuando se acoge a un hijo fuera del matrimonio es como acogerlo a la intemperie. El vínculo es, además, el que educa al hijo. La promesa que une a sus padres le hace experimentar la fidelidad primera que sostiene su vida. Así que los esposos salen de la Iglesia, como el caracol, con su casa a cuestas. El hogar que construyan hará visible el vínculo que, invisible, ya les cobija.

Muchos divorciados describen que, antes de estallar la crisis de su matrimonio, vivían ya *vidas paralelas* en la misma casa. Se podía hacer una película de la vida de cada uno en la que el otro apareciera solo como actor secundario. La casa seguía en pie, sin aparentes grietas. Pero se había erosionado la alianza que la fundaba.

Esta alianza es el ambiente que permite a la familia florecer. Todos los animales necesitan una biosfera para vivir, sin la que no son ellos mismos. ¿Podemos imaginarnos un elefante viviendo en un pantano sobre los nenúfares? ¿O a un pingüino en el Sahara? O pensemos en la anémona: quitadle el agua y se desinfla fofa sobre la playa.

¿Y el hombre? Él se adapta a casi todos los ambientes, desde el polo norte al sur, la montaña o el desierto. Pero eso no implica que no necesite ambientes, sino que su ambiente está más hondo y, desde esa hondura, transforma cualquier otro ambiente en ambiente humano. Ese ambiente hondo es la comunión familiar de la “una sola carne”; es el lenguaje materno que le permite interpretar y compartir el mundo; son los recuerdos que apuntan a un común origen en el Creador; son los proyectos que le impulsan a una misma meta, más allá de la muerte.

Recordar esta importancia del “nosotros” es crucial hoy, porque la crisis cultural que vivimos afecta singularmente al “nosotros”. No estamos en una crisis del “yo” (pensemos en el “i-phone”, y en muchos otros “i”), ni del “tú” (aquí “youtube” y sus epígonos), sino en una crisis del “nosotros” (aunque existen algunos “we”, no tienen tanta fama). Y es que nuestra época no piensa que haya vínculos o alianzas que superen a los sujetos. Si algo ata al sujeto moderno, es solo su querer libre, que puede desatar lo atado cuando así le convenga.

Pero, si están en crisis los ambientes, que son cruciales para el hombre, ¿qué nos cabe esperar?

3. Cristo redime nuestros ambientes

Hay una buena noticia: Dios no ha querido salvar a los hombres uno a uno, sino juntos, como un “nosotros”. Es decir, ha querido salvar las relaciones que nos unen, ha querido salvar la amistad. Y, para ello, ha salvado esos ambientes que permiten la vida juntos.

Leyendo la Biblia confirmamos la importancia que tienen los ambientes. Todo empieza cuando Dios crea el ambiente del mundo, separando aire, agua y tierra, para que germine la vida de peces, pájaros y animales terrestres, hasta llegar al hombre. Y al hombre lo sitúa en un jardín lleno de fruto, poniendo en su centro el árbol de la vida. Luego, cuando sea expulsado del Paraíso, seguirá en pie la promesa de un regreso. Y así, cuando Dios pide a Abrahán “salir de su tierra”, no es para abandonar toda tierra, sino para dirigirla hacia la tierra prometida. Allí Dios habitará con Israel, poniendo en ella el templo, que es su morada entre los hombres.

El culmen llega con Jesús. En Jesús, Dios revela que Él es un “nosotros”: Padre, Hijo, Espíritu. En Dios no hay sólo “yo” y “tú”, sino que también hay un vínculo de amor que les

une y que es como una morada. Por eso se ha llamado al Espíritu Santo el “nosotros” de Dios. Y ese nosotros o casa se ha abierto a los hombres cuando el Hijo de Dios se ha hecho Emmanuel (Dios con nosotros) y nos ha comunicado su Espíritu.

Para ello Cristo ha venido a habitar entre nosotros. Y se ha cobijado en una morada y ha amado una patria; y ha tenido un lugar para orar y otro para descansar y otro para enseñar, y caminos para unir unos lugares con otros. Esto es tan importante que la primera pregunta que le hacen los primeros discípulos no es: “¿de dónde vienes?” o “¿adónde vas?”, sino “¿dónde moras?” (Jn 1,38).

Entrando en nuestros ambientes y viviendo en ellos, Jesús los transforma. Él hace estos ambientes más acogedores y hospitalarios, al relacionarlos con la casa del Padre. Al final de su vida Jesús nos deja una casa con muchas moradas y nos deja una tierra nueva donde dar fruto. Esta casa y tierra es su cuerpo, que nos reparte en la Eucaristía para que seamos de su familia. Al instalarnos en el cuerpo de Jesús, podemos renovar todos nuestros demás ambientes.

En suma, Jesús ha venido a salvar el “nosotros”. Ha venido como Hijo, para salvar la relación de padres e hijos. Ha venido como hermano para salvar la fraternidad. Ha entregado su cuerpo para salvar el amor de los esposos. Y se ha hecho maestro para salvar la educación.

Y, salvando nuestros ambientes, Cristo incide sobre nuestra forma de comer juntos, de celebrar juntos, de edificar casas, de disfrutar de la creación y de trabajarla; e incide sobre nuestra forma de comprar y de vender, de educar a nuestros hijos, de enterrar a nuestros muertos y de orar por ellos, de vivir cada edad de nuestra vida... Y por eso la fe cristiana ha transformado nuestro lenguaje, y nuestra forma de saludarnos, y la arquitectura de las casas y de las ciudades y de los templos.

Este horizonte nos permite situar a María en la salvación que Cristo nos ofrece. María es esencial para que la salvación de Cristo no nos toque solo aisladamente, de uno en uno, sino que transforme nuestros ambientes. Veámoslo.

4. María, generadora de ambientes

Hemos dicho que el ambiente primero, el primer “nosotros” que se forja en la creación, es la unión de Adán y Eva en una sola carne (cf Gn 2,24). Hombre y mujer forman la primera morada y el primer ambiente humano donde se acoge la vida. Todos los demás ambientes que el hombre habita, desde la casa al jardín, desde la plaza al mercado y al templo, se arraigan en este primer ambiente radical y lo propagan.

Por eso Cristo, que ha venido a salvar nuestros ambientes, lo ha hecho salvando en primer lugar la relación del hombre y de la mujer. Siendo Cristo varón, asoció a sí a una mujer, María, de modo que su salvación asumiese también la vertiente femenina de lo humano. María tiene un puesto clave en la obra de la salvación porque Cristo ha venido a salvar el “nosotros”.

Fijémonos que a la mujer toca de forma singular desplegar el ambiente. Pues ella es madre y en su interior acoge al hijo y le ofrece el primer regazo y le introduce en la primera conversación de su lengua “materna”. Y por eso le corresponde crear hogar, que no es sino la irradiación de la madre.

De hecho, María aparece en el Evangelio como experta en cuidar y regenerar ambientes. Ya mencionamos Caná. María percibe que no hay vino en la boda (cf. Jn 2,3). El vino simboliza la alegría de que aquí sucede algo que sobrepasa a los dos novios. El vino, con mesura, obra que se dilaten los corazones y que la conversación ponga en juego la intimidad. María percibe esa falta de vino porque a Ella, desde Jesús, le toca abrirnos el ambiente de una nueva familia.

Otro episodio donde se habla de ambientes es el del niño perdido y hallado en el Templo. La pérdida desconcierta a sus padres. Le encuentran en un ambiente donde no esperaban. Jesús les dice: “¿no sabíais que yo tenía que estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). La pregunta supone que María y José tendrían que saber donde hallarle. Puede leerse esta pregunta como una alabanza: “Vosotros me habéis dado en Nazaret mi primer hogar, y estaba abierto al Padre. ¿Tan raro os resulta entonces que yo acabe deseando vivir en su casa? ¿No habéis hecho de Nazaret la antesala del Templo?” En todo caso, María aquí descubre un desafío. Está llamada a redimensionar sus espacios. Y a descubrir que la casa de Nazaret solo encuentra plenitud en el templo de Dios. Pues Jesús transforma todos los espacios en que habitamos, para salvarlos, es decir, para que Dios habite en ellos.

Dejamos para más adelante otros ambientes que María acoge y que Ella regenera, sea a los pies de la Cruz, sea en oración en el Cenáculo. Nos quedamos con su imagen, común en el Medioevo, abrazando bajo su manto a cristianos de distintas condiciones, como reza la canción: “el sabio, el ignorante, / el pobre y el señor, / el santo al igual que el pecador”. María, como madre y esposa, dilata el espacio de la salvación de Jesús, para que pueda abarcarnos.

Empezábamos con el elogio de las manos que era un elogio de la casa. Y terminamos con el *elogio de María*, al que dedicaremos nuestro Caná este año. Ella, asociada a Jesús, salva nuestras casas y las ciudades que esas casas forman. Encontramos este elogio en tantas letanías que describen el espacio abierto por nuestra Señora: huerto cerrado, fuente sellada, ciudad Sión, arca de la alianza, casa de oro, refugio de pecadores...

5. Preguntas para el diálogo conyugal

- Comentad juntos en qué cuestiones concretas os dáis cuenta de que sois un “nosotros” y cuáles son los momentos o situaciones que os hacen vivir a veces encerrados en el “yo”.
- Pensad juntos de qué manera podéis configurar vuestro hogar a imagen de María -en el espacio, en las prácticas, en la oración...- de tal manera que Cristo se haga presente en él.

Preguntas para el diálogo en equipo

- *¿Qué hace de nuestra familia un “nosotros” y cómo lo cuidamos (o descuidamos)? ¿Hay riesgos de que marido y mujer, padres e hijos, corramos vidas paralelas? ¿Cómo puede la presencia de María recordarnos el “nosotros” que somos...?*

- *¿Qué hace de familias de Betania un “nosotros”? Si existen matrimonios con vidas paralelas, ¿somos “familias paralelas” que de vez en cuando se cruzan para aprovechar recursos, o compartimos una vida donde solo llegamos a plenitud juntos? ¿Qué prácticas y ambientes son esenciales para salvar ese “nosotros”? ¿Qué escenas de la vida de María nos la muestran abriendo su familia a otras familias?*

- *¿Se expande nuestro “nosotros” para acoger hospitalariamente a otros? Pues la misión cristiana consiste en expandir el “nosotros”. ¿Cómo nos enseña María a expandir los espacios de nuestra tienda, para llevar ambientes de vida a quienes hoy viven a la intemperie?*

6. Práctica

Conversación conyugal sobre el uso de los móviles y de los “i” en casa, así como sobre los ambientes familiares que se están generando en el hogar (cuidado de los ambientes comunes, cuartos, decoración de la casa...).